

Te esperan; de tu corva cimitarra  
Al solo amago caerán rendidos.  
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran  
Los timbres y blasones? ¿De qué sirve  
La clase ilustre, una alta descendencia,  
Sin la virtud? Los nombres venerados  
De Laras, Tellos, Haros y Girones,  
¿Qué se hicieron? ¿Qué ingenio ha deslucido  
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos  
A quienes fia su defensa el trono?  
¿Es esta la nobleza de Castilla?  
¿Es este el brazo un día tan temido,  
En quien libraba el castellano pueblo  
Su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡oh siglo!  
Faltó el apoyo de las leyes; todo  
Se precipita; el más humilde cieno  
Fermenta, y brota espíritus altivos,  
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.  
¿Qué importa? Venga denonada, venga  
La humilde plebe en irrupción, y usurpe,  
Lustre, nobleza, títulos y honores.  
Sea todo infame behetría; no haya  
Clases ni estados. Si la virtud sola  
Les puede ser antemural y escudo,  
Todo sin ella acabe y se confunda.

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE

PROCLAMA DE UN SOLTERON

Á LAS QUE ASPIREN Á SU MANO.

Antes que te cases  
Mira lo que haces.

(Proverbio.)

No son todos los maridos  
De una suerte bien tratados,  
Ni querría más ducados  
Que los hay arrepentidos.

CASTILLEJO

*Condiciones de las mujeres.*

Frescas viuditas, cándidas doncellas,  
Al veneno de amor busco triaca;  
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;  
A la que guste ofrezco mi casaca.  
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,  
Mano por mano, juego á toma y daca.  
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.  
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?

¿Están ustedes muchas? ¡Jesús, cuántas!  
Y allí viene un tropel., ¡Vaya! esto es hecho.  
¿Será posible con tan lindas plantas  
Que yo me quede ogaño de barbecho?  
¡Qué coro celestial! Como unas santas  
No miran si soy tuerto ó contrahecho.  
¿Á flor tan ruin acude tal enjambre?  
¿Y dirán que hay mal pan si es buena el hambre?  
Pues callen, si es posible, breve rato,  
En cuanto aplico mi cabal medida.  
Con la que al justo venga me contrato,  
Y maridito cuente de por vida.  
Si me aprieta, renuncio á tal zapato;  
Suelto me lameré. La despedida  
Disimule el desaire y no se ofenda,  
Que no es para envidiada tal prebenda.  
Oigan en rimas á la pata llana  
(Y rabie la hermandad del verso grifo),  
Porque no quiero en zarzas ver mi lana,  
El pacto marital con que me rifo.  
Rubia guedeja peinará la rana,  
Y antes habrá coplero sin Rengifo,  
Que me atrape ninguna, sino hallo  
La que voy á pintar. ¿Callan ó callo?  
No quiero en fea público cilicio,  
Ni en belleza sin par mi quita-sueño;  
Antes que necia, venga un maleficio,  
Y antes que docta, un toro jarameño.  
Lejos de mí, la que se incline al vicio;  
Lejos de mi virtud de adusto ceño.  
¿Pido peras al olmo? ¿Al sol celajes?  
Agora lo veredes, dijo Agrajes.

Yo busco una mujer boca de risa,  
Guardosa sin afán, franca con tasa,  
Que al honesto festín vaya sin prisa,  
Y traiga entera su virtud y gasa;  
No sepa si el sultán viste camisa,  
Mas sepa reparar las que haya en casa;  
Cultive flores, cuide pollas cluecas,  
Despunte agujas y jorobe ruecas.

El padre director no la visite,  
Ni yo pague la farda en chocolate;  
Que rece poco y bien, riñas me evite;  
No sea gazmoña ni con ellas trate,  
Sólo mentarla toros la espirite;  
Primo no tenga, capitán, ni abate;  
Probar el vino por salud lo intente;  
Pero ¿tomar tabaco? Aunque reviente.

Conozca que sin mí vale la misa,  
Que una cosa es marido y otra paje;  
Ir pegado á su piel como camisa  
Fuera pagar ridiculo peaje.  
¿Á quién no causa menosprecio ó risa  
Esposo con honores de bagaje?  
Unidos, sí señor, mas sin que sea  
Ella mi sombra, yo su guarda-mea.

Por quita allá esas pajas no alborote  
La casa toda, ni oiga la vecina  
Si se pegó el guisado; nadie nóte  
Que habla al pobre marido con bocina;  
Dulcinea la busco, no Quijote;  
No haga de gallo quien nació gallina.  
Ponga el amor á sus vivezas dique,  
Sin que á fuerza de amor me crucifique.

La que oye brujas, duende la desvela  
Y ve en cada esquinazo la fantasma;  
Que al mal ladrón de miedo enciende vela,  
Que al entrar el murciélago se pasma,  
Que á cada trueno grita y se las pela,  
Aplique á otro tumor su cataplasma.  
Vedo en vocablos melindroso dengue,  
Como la que al demonio llama el *mengue*.

Dulce no pruebe con goloso dedo,  
Ni cace pulgas y ante mi las mate;  
De cobarde ratón no finja miedo,  
Ni lucio gato mi cariño empate;  
Fuera doguito, que si erupta acedo  
Cueste más muecas que la rima al vate.  
¿No da toda mujer pícaros ratos,  
Sin que traiga además perros y gatos?

De que nuestro vecino vaya ó venga  
Jamás haga platillo á la ventana;  
Ni flatos gaste, ni vapores tenga,  
Gimiendo sin cesar rolliza y sana;  
Al tocador los siglos no entretenga,  
Y no almuerce á las mil de la mañana;  
En paz las horas cuéntelas conmigo,  
Una de amante, veintitrés de amigo.

De trato señorial, de porte serio,  
Procure sin afán la buena fama;  
Huya el descoco y aire de misterio,  
Sepa de burlas, odie la sofama,  
No haga la niña, no hable con imperio,  
Y no viva en la calle ni en la cama,  
Ni la moda poniendo por escudo,  
Nadie estudie en sus carnes el desnudo.

Sólo en pensarlo pierdo los estribos.  
¿Cuándo doncella ó recatada esposa  
Se vieron en España en cueros vivos?  
¡Oh, siglos! ¡Oh, costumbres!... Quejumbrosa  
Musa, ¡ehitón! Los tiempos primitivos  
Goza mi patria (¡presunción gloriosa!)  
Del feliz paraíso, dando pruebas  
De ser todos Adanes, todas Evas.

Digo, volviendo al destripado cuento,  
Que mi futura y muy señora mía  
Ni ha de hacer de mi hogar triste convento,  
Ni casa con resabios de behetria.  
Mano á mano con ella yo contento,  
Ella gozosa en dulce compañía,  
Mudo silencio no me dé modorra,  
Ni vértigos mujer fondo en cotorra.

Cuando por dicha caro fruto tenga,  
Corra á mi cargo señalar compadre;  
Con *hijo mio* no me empiece arenga,  
Ni exija que á mi suegra llame madre;  
No porque tarde pocas noches venga,  
En falsete ó tenor me gruñía ó ladre.  
Niña que luzca su procaz bolero,  
Ni chico fabulista no los quiero.

No espere que yo sufra en su embarazo  
De anteojos la ridícula cadena;  
Joya del viejo, del galán abrazo,  
Trayendo á casa cuanto ve en la ajena.  
¿No es una gracia que hasta el fin del plazo,  
El marido simplón, ánima en pena,  
Sustos temiendo, flujos y traspieses,  
Esté el sandio de parto nueve meses?

Ni la sucia costumbre asaz frecuente  
De cenar en la cama arrellanada,  
Y mientras males al marido miente,  
Reprueba el guiso, riñe á la criada,  
Y ensarta ave-marías juntamente,  
Todo al compás de grave cabezada;  
Pues glotona, devota, floja y bronca,  
Masca á un tiempo, murmura, reza y ronca.  
¿Y qué diré de la que á trochemoche  
De su gran dote sin cesar blasona,  
Rompe galas sin fin, vive en el coche,  
Luciendo en todas partes su persona;  
De visita en función mañana y noche,  
Locuras con locuras eslabona,  
Derrochando sin término ni cuenta,  
Y porque trajo seis, gasta sesenta?  
No en mis días sufrir la extravagancia  
De que falsa española se me engringue;  
Que hasta el pan y turrón quiera de Francia;  
Que con París me muela y me jeringue,  
Y á flaca bolsa chupe la substancia  
El modista francés monsieur La-Pringue.  
Seda de Murcia, paño de Segovia,  
Mantel gallego... ¿No? Pues vade novia.  
Marimacho no luzca en un caballo  
En su rollizo muslo pantalones;  
De ningún tribunal me explique fallo,  
Ni por sólo intrigar suba escalones,  
Ni de escribir sus dedos crien callo  
Por tener hasta en China conexiones,  
Pues más quisiera al mes un galanteo  
Que no oirla exclamar: ¡Juan, qué correo!

Zurcir á cada paso un ya... ¿me explico?  
Con que... Pues... ¿eh? mi sufrimiento abisma.  
¿Y aquel en horas no cerrar el pico  
Por cada duelo, que renueva un cisma?  
¿Y aquel dale que dale al abanico  
En visita? ¿con quién? ¿consigo misma?  
¿Y el no soltar espejo ó cornucopia,  
Jamás harta de ver su imagen propia?  
No mi mujer visite á todo el mundo  
De sangre azul por ser de sangre goda.  
¡Pobre de mí surcando el mar profundo!  
Que vino... que se va... que se acomoda.  
¡Yo correr noche y día furibundo,  
Pésame tras festin, duelo tras boda!  
¡Yo malgastar al año mil pesetas  
En renovar diez veces las tarjetas!  
No sufro... dije poco: yo abomino  
De naipes en mujer el gusto ciego,  
Y en el monte, malilla ó reversino  
Ver fundir mi caudal á lento juego.  
¿Lento? ¡ya, ya! ¡Gracioso desatino!  
No es sino acometerle á sangre y fuego,  
Como antaño Leonor la mojígata,  
Que jugó su berlina y volvió á pata.  
Pierde; ¿y qué? ¿Nada más? Iras y enojos  
Vomita en casa, despechada y ciega;  
Rayos escupen sus airados ojos;  
¡Triste el criado que á su encuentro llega!  
Son de su fatua cólera despojos  
Cintas, flores, airón: con todos pega;  
Sobre el lecho vestida se derroca,  
Rayos lanzando su blasfema boca.

Trague la mar la falsa y zalamera,  
Que dice relamida: «Esposo mío,  
¡Ves aquel nubarrón? No salgas fuera,  
Guarda la cama mientras quiebra el frío.  
¡Pluguiese al cielo que por tí tosiera!  
No más Prado, mi bien; ya cae rocío,»  
Y de envidia se come y se remuerde  
Si al paso encuentra una viudita verde.

Lejos de mí la dueña publicista,  
Hecha edecán con faldas del dios Marte,  
Que de Alejandro explica la conquista,  
Marchas, vados, botín, parte por parte;  
No pierde simulacro ni revista;  
En batalla campal con Bonaparte,  
Sueña que de un revés le deja cojo,  
Y del golpe al marido vacía un ojo.

Contempla el pobre tuerto á su heroína  
Envuelta siempre en mapas y gacetas,  
Y el Juan Lanás se dice: ¡Alma mezquina!  
¿Cuándo tendrán su vez rotas calcetas?  
¿Cuándo dará una vuelta á la cocina?  
¿Visto ni como bombas ni saetas?  
¿Hay desgracia mayor, más triste estado  
Que estar con Montecúculi casado?

¡Mala landre devore á patizamba,  
Y amén de chata tiesa y linajuda!  
Porque tuvo un abuelo butibamba,  
En su obsequio el esposo en vano suda.  
Encarece los tiempos del rey Wamba,  
Manda severa y habla campanuda,  
Y ni advertencias ni labor consiente  
En honra y gloria del señor pariente.

«Sébase, dice, que mi quinto abuelo  
Fué copero mayor del rey Perico,  
Y en memoria tres cubas y un majuelo  
Tengo en mi escudo, y por cimera un mico.  
Adórnanle dos mitras y un capelo...»  
Basta, basta; de alcornias no me pico;  
Fórrese en sus diplomas y blasones,  
Y cómanla con ellos los ratones.

Tampoco sabihonda: ¡Dios me guarde!  
Asco dá la mujer sobre un *in-folio*.  
La que á Plauto comenta y hace alarde  
De ilustrar á Terencio en un escolio;  
La que cita á Nason mañana y tarde,  
Apostillando á Grevio y á Nizolio,  
Vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto  
Y busque entre los getas algún tonto.

¿Dómine por mujer? ¡Purista? ¡Cuerno!  
¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?  
¡Armar un zipizape sempiterno  
Porque en lugar de gorra dije gorro!  
O bien por que escribí sin *h* invierno  
Verme tratar de bárbaro y de porro,  
Y dar la casa y la quietud al diablo,  
¡Por qué? ¡Crimen atroz! ¡Por un vocablo!

Otrosi, traductoras abrenuncio;  
Harto habla una mujer sin diccionarios,  
De caletre infeliz picaro anuncio  
Es llenar de sandeces los diarios.  
De Jansenio y Molinos trate el Nuncio,  
De hierbas y jarabes boticarios,  
Los pilotos del viento y de la luna...  
¿Qué toca á la mujer? Mecer su cuna.

¿De nada ha de hacer gala? Sí: de juicio.  
¿No ha de tomar noticias? De sus eras.  
¿Jamás ha de leer? No por oficio.  
¿No podrá disputar? Nunca de veras.  
¿No es virtud el valor? En ellas vicio.  
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;  
Que no hay manjar que cause más empacho  
Que mujer transformada en marimacho.

¡Voto á bríos! Lo mejor se me olvidaba,  
La sal del huevo, la esencial receta.  
Primero unido con astrosa esclava  
De medio palmo de atezada geta;  
Antes marido de una infame Cava  
Y al remo vil de bárbara goleta,  
Que sufrir en mujer ni en cosa mía  
La nueva secta de *sensiblería*.

¿Sus desmayos pintar? ¡Ocioso anhelo!  
Pues no lo hiciera ni el pincel de Goya.  
¿Matan pollo ó pichón? ¡Válgame el cielo!  
Baja el soponcio al punto por tramoya.  
¿Se vá Paquita? ¡Toma Juana el velo?  
¿Se murió el colorín? aquí fué Troya;  
Ya le dió el patatús: ¡San Timoteo!  
¡Qué gestos, qué bregar, qué pataleo!

Mas, ¡hola! ¿Dónde están? ¡Y mi auditorio?  
Ni una avispa quedó del avispero.  
¿Ni una siquiera? Más que un locutorio  
Habla esta soledad. ¡Bodorrio huero!  
Convirtiósse en viudez mi desposorio;  
No hay esperanzas; me quedé soltero.  
¡Suceso extraño! ¡Cosa nunca oída!  
*Primer sermón sin hembra no dormida.*

Adiós, amigos; próspero viaje;  
Mi paz huyera de teneros cerca.  
Más quiero en pobre ermita mi hospedaje  
Que vivir con mujer voluble, terca,  
Locuaz, sosa, gazmoña, abencerraje,  
Fisgona, ruda, necia, altiva, puerca,  
Falsa, golosa, y... basta, musa mía:  
¿Cómo apurar tan larga letanía?

Quédense, que ya es tarde, en el tintero  
La que al de Padua lo zambulle al pozo,  
La que jalbega el arrugado cuero,  
La que con vidrio y pez se rapa el bozo,  
La que trece no sienta á su puchero,  
La que al rosario tomá cuenta al mozo,  
La que reza en latín sin saber jota,  
O hace de linda siendo una marmota.

La que escudriña toda ajena casta,  
La que come carbón y cal merienda,  
La que el habano fuma y rejón gasta,  
La que de rifa en rifa lleva prenda,  
La que en reir es agua por canasta,  
La que no compra y va de tienda en tienda,  
La que cura los males por ensalmo  
Y siembra chismes mil en medio palmo.

La que al marido más que el mozo sisa,  
La que engulle sin él, con él no cena,  
La que siempre sentada está deprisa,  
La que sale á semana por novena,  
La que atranca á pillar la última misa,  
La que lleva en la bolsa una alacena,  
La que escabecha el pelo por la noche  
Y se charola el rostro como un coche.

Mas ¿quién el guapo que á contar se atreve  
Sus gracias todas? Con menor faena  
Dirá las gotas que un invierno llueve,  
Y del cerúleo mar la rubia arena.  
Confieso, porque el diablo no me lleve,  
Que es un ángel mujer que sale buena.  
Así el cielo de allá me la enviara  
De veinte abriles y donosa cara.

DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

---

A CLAUDIO

EL FILOSOFASTRO

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,  
Locuaz declamador, á verme vino  
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,  
Sabrás que no tan solo es importuno,  
Presumido, embrollón, sino que á tantas  
Gracias añade lo de ser goloso,  
Más que el perro de Filis. No te puedo  
Decir con cuántas indirectas frases,  
Y tropos elegantes y floridos,  
Me pidió de almorzar. Cedi al encanto  
De su elocuencia, y vieras conducida,  
Del rústico gallego que me sirve,  
Ancha bandeja con tazón chinesco  
Rebosando de hirviente chocolate  
(A tres pajes hambrientos y golosos  
Ración cumplida) y en cristal luciente  
Agua que serenó barro de Andújar;  
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia  
De leves tortas y bizcochos duros,

Que toda absorben la poción suave  
De Soconusco, y su dureza pierden.  
No con tanto placer el lobo hambriento  
Mira la enferma res que en solitario  
Bosque perdió el pastor, como el ayuno  
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,  
Altos elogios hizo del fragante  
Aroma que la taza despedía,  
Del esponjoso pan, de los dorados  
Bollos, del plato, del mantel, del agua;  
Y empieza á devorar. Mas no presumas  
Que por eso calló: diserta y come,  
Engulle y grita, fatigando á un tiempo  
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!  
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,  
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!

Al fin en ronca voz: «¡Oh, edad nefanda!  
¡Vicios abominables! ¡Oh, costumbres!  
¡Oh, corrupción!» exclama; y de camino  
Dos tortas se tragó. ¡Qué á tanto llegue  
Nuestra depravación, y un placer solo  
Tantos afanes y dolor produzca  
Á la oprimida humanidad! Por este  
Sorbo llenamos de miseria y luto  
La América infeliz; por él Europa,  
La culta Europa en el Oriente usurpa  
Vastas regiones, porque puso en ellas  
Naturaleza el cinamomo ardiente;  
Y para que más grato el gusto adule  
Este licor, en duros eslabones  
Hace gemir al atezado pueblo,

Que en África compró, simple y desnudo.  
¡Oh, qué abominación! Dijo; y llorando  
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
Llanto causa también, de mármol eres;  
Que es mucha erudición, celo muy puro,  
Mucho prurito de censura estóica  
El de mi huésped; y este celo, y esta  
Comezón docta, es general locura  
Del filosofador siglo presente.  
Mas difíciles somos y atrevidos  
Que nuestros padres, más innovadores,  
Pero mejores no. Mucha doctrina,  
Poca virtud. No hay picarón tramposo,  
Venal, entremetido, disoluto,  
Infame delator, amigo falso,  
Que ya no ejerza autoridad censoria  
En la Puerta del Sol, y allí gobierne  
Los estados del mundo, las costumbres,  
Los ritos y las leyes mude y quite.  
Próculo que se viste, calza y come  
De calumniar y de mentir, publica  
Centones de moral. Nevio, que puso  
Pleito á su madre y la encerró por loca,  
Dice que ya la autoridad paterna  
Ni apoyos tiene, ni vigor, y nace  
La corrupción de aquí. Zenón, que trata  
De no pagar á su pupila el dote,  
Habiéndola comido el patrimonio  
Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
Dice que no hay justicia, y se condeule



De que la probidad es nombre vano.  
Rufino, que vendió por precio infame  
Las gracias de su esposa, solicita  
Una insignia de honor. Camilo apunta  
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
En ilustres garitos disipando  
La sangre de sus pueblos infelices;  
Y habla de patriotismo... Claudio, todos  
Predican ya virtud como el hambriento  
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora.  
Dichoso aquel que la practica y calla.

#### EPÍSTOLA

*Á D. Simón Rodrigo Laso, Rector del Colegio  
de San Clemente de Bolonia.*

Laso, el instante que llamamos vida,  
¿Es poco breve, di, que el hombre deba  
Su fin apresurar? Ó los que al mundo  
Naturaleza dió males crueles  
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen  
Con que aspiramos á acrecer la suma?  
¿Ves afanarse en modos mil buscando  
Riqueza, fama, autoridad y honores,  
La humana multitud ciega y perdida?  
Oye el lamento universal. Ninguno  
Verás que á la Deidad con atrevidos  
Votos no canse, y otra suerte envidie.  
Todos, desde la choza mal cubierta  
De rudos troncos, al robusto alcázar

De los tiranos donde suena el bronce,  
Infelices se llaman. ¡Ay!, y acaso  
Todos lo son: que de un afecto en otro,  
De una esperanza y otra y mil creídos,  
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.  
Así buscando el navegante asturo  
La playa austral que en vano solicita,  
Si ve, muriendo el sol, nube distante,  
Allá dirige las hinchadas lonas.  
Su error conoce al fin; pero distingue  
Monte de hielo entre la niebla obscura,  
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;  
Hasta que horrible tempestad le cerca,  
Braman las ondas, y aquilón sañudo  
El frágil leño en remolinos hunde,  
Ó yerto escollo de coral le rompe.  
La paz del corazón, única y sola  
Delicia del mortal, no la consigue,  
Sin que el furor de su ambición reprima,  
Sin que del vicio la coyunda logre  
Intrépido romper. Ni hallarle espere  
En la estrechez de sórdida pobreza,  
Que las pálidas fiebres acompañan,  
La desesperación y los delitos,  
Ni los metales que á mi rey tributa  
Lima opulenta poseyendo. El vulgo  
Vano, sin luz, de la fortuna adora  
El idolo engañoso: la prudente  
Moderación, es la virtud del sabio.  
Feliz aquél que en áurea medianía,  
Ambos extremos evitando, abraza  
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno

Su paz turbó, ni de insolente orgullo  
Las iras teme, ni el favor procura:  
Suena en su labio la verdad, detesta  
El vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,  
Y envilecida multitud le adore.  
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,  
Á nadie superior, de nadie esclavo.  
Pero, ¿cuál frenesí la mente ocupa  
Del hombre, y llena su existencia breve  
De angustias y dolor? Tú, si en las horas  
De largo estudio el corazón humano  
Supiste conocer, ó en los famosos  
Palacios donde la opulencia habita,  
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno  
De los que el aura del favor sustenta,  
Y martiriza áspera sed de imperio,  
Que un placer guste, que una vez descanse?  
¡Y cómo burla su esperanza, y postra  
La suerte su ambición! Los sube en alto,  
Para que al suelo, con mayor ruina  
Se precipiten. Como en noche obscura  
Centella artificial los aires rompe,  
La plebe admira el esplendor mentido  
De su rápida luz: retumba y muere.  
¿Ves adornado con diamantes y oro,  
De vestiduras séricas cubierto,  
Y púrpuras del Sur que arrastra y pisa,  
Al poderoso audaz? ¡La numerosa  
Turba no ves que le saluda humilde,  
Ocupando los pórticos sonoros  
De la fábrica inmensa, que olvidado  
De morir, ya decrepito levanta?

¡Ay!, no le envidies, que en su pecho anidan  
Tristes afanes. La brillante pompa,  
Esclavitud magnífica, los humos  
De adulación servil, las militares  
Puntas que en torno á defenderle asisten,  
Ni los tesoros que avariento oculta,  
Ni cien provincias á su ley sujetas,  
Alivio le darán. Y en vano al sueño  
Invoca en pavorosa y luenga noche;  
Busca reposo en vano, y por las altas  
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.  
¡Oh, tú, del Arlas vagaroso humilde  
Orilla, rica de la mies de Ceres,  
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado  
Que pasta mudo el ganadillo errante,  
Áspero monte, opaca selva y rial!  
¿Cuándo será, que habitador dichoso  
De cómodo, rural, pequeño albergue,  
Templo de la Amistad y de las Musas,  
Al cielo grato y á los hombres, vea  
En deliciosa paz los años míos  
Volar fugaces? Parca mesa, ameno  
Jardín, de frutos abundante y flores  
Que yo cultivaré, sonoras aguas  
Que de la altura al valle se deslicen,  
Y lentas formen transparente lago  
Á los cisnes de Venus, escondida  
Gruta de musgo y de laurel cubierta,  
Aves canoras, revolando alegres  
Y libres como yo, rumor suave  
Que en torno zumbe del panal hibleo,  
Y leves auras espirando olores:

Esto á mi corazón le basta... Y cuando  
Llegue el silencio de la noche eterna,  
Descansaré, sombra feliz, si algunas  
Lagrimas tristes mi sepulcro bañan.

### ELEGIA A LAS MUSAS

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro,  
Y máscaras alegres, que algún día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya como la edad ligera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al numen.  
Sé que negáis vuestro favor divino  
Á la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas del verde Pindo habitadoras,  
No me neguéis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatarle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo  
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
Á prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente,  
Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambición, la patria mía

Abandonaron á civil discordia.  
Yo ví del polvo levantarse audaces  
Á dominar y perecer tiranos;  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Ví las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse,  
Vencido y vencedor, hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Ímpetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
A las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desorden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revienta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tibre en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia,  
Que al vicario de Cristo da sepulcro.  
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
¿Quién dar al verso acordes armonias,  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad; bramó iracundo  
El huracán, y arrebató á los campos  
Sus frutos, su matiz; la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos;  
Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido, en el espanto mudas;  
No más trinos de amor. Así agitaron

Los tardos años mi existencia, y pudo  
Sólo en región extraña el oprimido  
Ánimo hallar dulce descanso y vida.  
Breve será, que ya la tumba aguarda,  
Y sus mármoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
Á mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella. Prevenid en tanto  
Flébiles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de lauros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.

## DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA

---

### LA DESPEDIDA DE SILVIA

Ya llegó el instante fiero,  
Silvia, de mi despedida,  
Pues ya anuncia mi partida  
Con estrépito el cañón;  
A darte el adiós postrero  
Llega ya tu tierno amante,  
Lleno de llanto el semblante  
Y de angustia el corazón.

Llega tú, objeto divino,  
Tiéndeme los brazos bellos;  
Que si logro yo que en ellos  
Dulce acogida me des,  
No conseguirá el destino  
El golpe que quiere darme,  
Porque antes de separarme  
Me verá muerto á tus pies.

¡Oh! si las pasiones nuestras  
Fueran de igual violencia,  
El dolor de nuestra ausencia  
Se partiera entre los dos;